

METODOLOGÍA DE LA EDUCACIÓN EN VALORES

06

Es muy difícil educar en valores en una sociedad que no educa en valores y que no quiere estar educada en los mismos. Una educación en valores está en contradicción con la sociedad actual y distante, y divorciada de ella. Muchos alumnos no comprenden por qué hay que ser solidario, generoso, amante de la paz, respetuoso con los demás en un mundo que se caracteriza por no practicar estos valores. Lo importante es que estos alumnos entiendan que, desde el aula, se lucha por esos valores para una sociedad futura e ideal; que lo importante no es la meta, sino el camino y que, aunque los contravalores triunfen exteriormente, el hecho de haber sido guiados mediante valores bellos y positivos, nos consuela y nos reconforta, dándonos una auténtica victoria interior. Pero para que el alumno comprenda esto es absolutamente necesario que el profesor lo haya comprendido primero y que lo haya vivenciado. Es necesario, también, la madurez del alumno. Para muchos adolescentes, igual que para numerosos adultos, los valores son sólo palabras bonitas, retórica vacía y un blablablá improductivo, nada más lejos de la realidad: del respeto y conservación de los valores depende nuestra felicidad diaria, nuestro bienestar cotidiano.

Para que los alumnos aprendan valores y se adscriban a ellos, así como para que comprendan la razón de ser de los valores y su importancia en la vida individual y social, es imprescindible que tengan un mínimo nivel de madurez, de serenidad y profundidad. ¿Cómo se consigue esto? Nadie lo sabe. La madurez para reflexionar sobre lo que está bien y lo que está mal y sobre lo que causa dolor o sufrimiento a las personas, le llega a cada alumno en un momento distinto de su vida. Sea como fuere hay algo cierto sin lo que lo anteriormente expuesto no tiene lugar; y es que el mediador –profesor en este caso– debe ser siempre sincero. No se crece ni física ni espiritualmente con las mentiras. La verdad es liberadora y aparca los

miedos, el morbo y la curiosidad malsana, que son causas de muchos de los contravalores a los que se adscriben los jóvenes. El profesor dirá siempre la verdad a cualquier pregunta o comentario de los adolescentes, y cuando la respuesta sea dolorosa, desagradable o muy comprometida debe limitarse a indicar que no quiere responder, que quizá lo haga en otra ocasión. Pocas cosas duelen más a un adolescente que sentirse engañado con una mentira.

La herramienta fundamental para trabajar los valores son las situaciones de conflicto, y aquí el teatro tiene mucho que decir, pues las grandes obras dramáticas están basadas en el conflicto, en contemplar dolorosamente cómo, en una contienda o litigio, todos tienen parte de razón –su parte de razón– y a la vez nadie la tiene. Nunca se debe pasar por alto una situación conflictiva en el aula; se debe dialogar y debatir y ver qué sucede y porqué, qué problema hay y cuáles son sus causas. Generalmente, en un conflicto no hay conflicto de personas, sino de valores. Suelen ser los valores los que chocan y hacen que las personas se enfrenten; rara vez una agresión física, psíquica, verbal o moral está motivada por un odio personal; la razón suele ser una distinta confección de escalas de valores. Por todo ello, en la metodología se hacen indispensables los debates, diálogos, charlas, puestas en común, mesas redondas y expresión de actividades muy personales: poemas, narraciones, cartas, canciones, dibujos...